

## Cuentos del paraíso de las islas 12-15

### Arcadio y los pastores (Novela africana y pastoril)

[emilio.sola@cedcs.eu](mailto:emilio.sola@cedcs.eu)

Colección: E-libro: El paraíso de las islas  
Fecha de Publicación: 23/11/2023  
Número de páginas: 16  
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

**Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.**  
Más documentos disponibles en [www.archivodelafrontera.com](http://www.archivodelafrontera.com)



#### **Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.**

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.



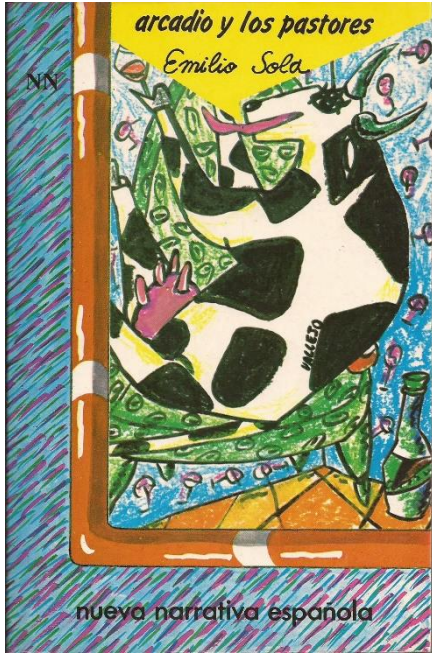
El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

[www.cedcs.eu](http://www.cedcs.eu)  
[info@cedcs.org](mailto:info@cedcs.org)

# Cuentos del paraíso de las islas

## 12

### 15 Arcadio y los pastores



“Arcadio y los pastores (Novela africana y pastoril)” fue publicado en 1986 por Ediciones Libertarias, una editorial fundada por Antonio Huerga y Charo Fierro, que luego vendieron su fondo a Produfi, con lo que pasó a denominarse Libertarias-Produfi. Su tiempo literario es en torno al año 68 después de la Gran Guerra (GG) y muerte de Juan Bravo (JB), unos 16 años después de la muerte de don Borondón el Antiguo, en la cronología utilizada en el llamado “Paraíso de las islas”, en el que viven los redactores o amanuenses, y nosotros mismos también sin duda. El texto procede, como siempre estos relatos, de la Biblioteca de don Borondón o del Naranjal, y uno de sus personajes es precisamente Fito Naser, quien está ahora al frente de esa casa y biblioteca habitada que fue la casa de don Borondón o del Naranjal, junto con el protagonista principal del relato, incluido en su título, Arcadio, Arcadio el hijo de Ulrica.

\*\*\*

En el Archivo de la frontera hay una primera edición digital de 2015, que puede consultarse aquí:

<http://www.archivodelafrontera.com/e-libros/arcadio-y-los-pastores-novela-africana-y-pastoril/>

\*\*\*

La presente edición se hará en 21 fragmentos, tal vez 22 en total, para hacerlos breves en esta segunda edición digital, ocho años después de la primera, para que resulten más legibles:

12-00, 12-01, 12-02, 12-03, 12-04, 12-05, 12-06, 12-07, Segunda parte: 12-08, 12-09, 12-10, 12-11, 12-12, 12-13, 12-14, Tercera parte: 12-15, 12-16, 12-17, 12-18, 12-19, 12-20, 12-21

\*\*\*

He aquí el índice del relato, según la edición en papel de 1986:

## INDICE

### PRIMERA PARTE

1. Simón el Mago y la Casa despertador de pájaros. . . . . 9
2. Conversaciones de Simón el Mago y Sidi Abdelhakim Bushacor sobre el padre del cuchillo . . . . . 13
3. Las leyendas de Hamam Masjutín, el baño de los maldecidos, y la fiesta de la flor y de la pintura de Suk Ahrás. . . . . 22
4. El grupo del valle del Mago . . . . . 32
5. La compañía de Leila Naser en Guelma y los amores de Leila V y Estambuli Entrambosaires . . . . . 40
6. Leila Naser madre, IV para entendernos, Leila hija y Estambuli charlan sobre el pasado. . . . . 50
7. Filis, Yeni y el grupo del valle del Mago . . . . . 61

### SEGUNDA PARTE

#### **Introducción del amanuense con homenaje a un viejo amanuense, ex-agobiado, desaparecido**

1. La vida en el valle del Mago, con el cambio de amanuense en el relato y la historia de Claudia Auani y Flora Abenza . . . 75
2. Don Fion y Claudia Auani en el calvero del perro y de la cabritilla . . . . . 87
3. La compañía de Leila Naser en el valle del Mago . . . . . 97
4. Los rebaños de la trashumancia en el valle del Mago, con la historia de Catalina Ivanova, la niña meada por los perros . . . 106
5. La breve experiencia de trashumancia de Leila Naser V, con una interpolación amplia del amanuense segundo de este relato . . . . . 114
6. Los amores de Alí Hamuín y Claudia Auani, con la preñez de ésta y su abandono del valle del Mago . . . . . 124
7. El dramático llamamiento del demógrafo Paulov . . . . . 134

**TERCERA PARTE**

**Introducción del segundo amanuense, con nuevo homenaje al amanuense ex-agobiado**

1. Historia de Yosín y respuesta de la gente al llamado de Cristino Paulov. . . . .	145
2. Los niños de mayo. La Coronela en el valle del Mago y primera infancia de Arcadia Copruku . . . . .	150
3. Disgresiones del amanuense sobre la dinastía de las Leilas Naser . . . . .	166
4. Sobre Olga Marruz y sobre el tercer año de la experiencia simoniana, con los preparativos primeros para la Universidad ganadera de Hamam Masjutín. . . . .	177
5. Muerte de Sidi Abdelhakim Bushacor y abandono de Arcadio del valle del Mago. Algunas consideraciones sobre la toma de Casentina . . . . .	187
6. El viaje de Arcadio por el paraíso de las islas, mensajero o embajador de la "Arcadia feliz", y susto a su regreso a Guelma . . . . .	199
7. Arcadio en la toma de Casentina, con la fiesta de la matanza del cerdo y del cordero, accidente de Arcadio y preparativo final del viaje con Fito Naser fuera de la Arcadia. . . .	210
<b>Dedicatoria y Final . . . . .</b>	<b>223</b>

### TERCERA PARTE

“He leído y releído con meticulosidad las infinitas historias que la gente ha ido dejando aquí y allá y que poco a poco han sido transportadas y depositadas en la biblioteca del Antiguo, esas montañas de papeles que copiamos y recopiamos los amanuenses y perfeccionamos en la medida de lo posible, y pulimos y preparamos para los mecanógrafos y éstos para los tipógrafos y así, y como una angustia, consternación o qué, ante cada página escrita que me sobrepasa o hace reflexionar, tanta luz resumida en una miserable página, tanto estar, tanto polvo, tanta vida y tanta muerte absurdamente condensadas en unas líneas, tanta tensión vital en un punto, en una coma, en un paréntesis, en un espacio en blanco, en unos signos realmente indescifrables aunque te sugieran Erik Andersen descendió del pino y olió una flor o la luna majestuosa y blanca, autopista nevada sobre el mar, y qué. Y entonces quise cambiar de isla, hice mi macuto y me fui. Y la historia que tenía que escribir, la emigración prodigiosa de los hijos del agobio hacia Esmirna, se quedó —por el momento sólo, lo sé— sin escribir. Otro con menos años que yo y menos desencanto o sin fatiga, lo hará, u otros. Salgo para Chipre en un velero que se construyera bajo la atenta vigilancia de Prisciliano Manfredi. No sé si volveré por estas tierras en las que un día —que hoy ya es ayer— fui tan feliz. Y lloro. Es imposible escribir como uno quisiera y lloro. Lloro por ello, lloro desconsoladamente.”

“El amanuense termina con su historia antes de comenzar a contarla”: así rezaba el título de este texto del amanuense ex-hijo del agobio, especializado en historias de

ellos, que tal vez sea su último escrito. He querido comenzar la III parte de “Arcadio y los pastores” con un homenaje a este amanuense, como mi predecesor hiciera en la II parte del “Arcadio”, porque creo justo el homenaje; la pasión —el pathos— o la fuerza de sus líneas aún comunica fuerte y hace reflexionar. Además, mi predecesor en la redacción de esta historia, precisamente, fue quien me facilitó este texto, y otro que recogeré a continuación, que encontró en la biblioteca del Antiguo entre papeles varios cuando investigaba sobre otra historia que tiene entre manos.

Fue hace un par de semanas la cosa; revisaba yo algunas notas para los capítulos finales de la II parte del “Arcadio...” en esta casa cercana a la del huerto de los almendros —por donde aún vaga la sombra del Pujolito niño, hoy que sería más que septuagenario Ahmed Pujol, el hombre del colmillo verde, recién desaparecido—, en esta casa sobre una loma que domina el mar, a apenas un kilómetro pero de aunque sedante presencia abrumadora, cuando alguien de una casa vecina me informó de que había preguntado por mí mi antecesor en este relato, unos días en la isla descansando de su ya larga estancia en la gran ciudad del interior. De inmediato deseé verle, tal vez tuviera algo interesante que comunicarme; y era cierto.

—Llevo ya tres días por aquí, pero no quise contactarte para no interferir en tu trabajo— me dijo sonriente—. Me contaron al llegar que llevas una temporada casi febril y que te dejas ver poco por las reuniones, tertulias y fiestas.

Se lo confirmé porque era cierto. Estaba —y sigo estando— obsesionado con finalizar el “Arcadio...” y poder reposar algún tiempo en otra tarea más distendida, enrolarme en algún proyecto en el que el trabajo físico o manual o menos intelectual, sin más, pueda distraerme de los nuevos fantasmas que rondan mi cabeza. Aprovecho para decir que voy a cumplir los sesenta años y que mi físico lo acusa e influye en mi emotividad con ganas y desganas nuevas que cada día me sorprenden.

Le había comentado a mi antecesor en este relato que

me había interesado mucho la introducción que había hecho a la segunda parte del “Arcadio...”, ese homenaje personal al ex-agobiado amanuense; me lo recordó y añadió que traía un obsequio para mí con ello relacionado —los dos textos a los que antes hice alusión— y que me lo pasaría antes de volver a la gran ciudad del interior. Le pedí que cuanto antes mejor y esa misma tarde los tenía en mi poder.

De alguna manera la lectura de estos dos fragmentos me causaron impacto, y tal que interrumpí la redacción de los últimos capítulos de la II parte del “Arcadio...” para elaborar esta introducción a la III parte que ahora están leyendo. Y me sumo con ello a su homenaje en un momento en el que —desde la reunión de amanuenses para preparar el centenario, en la isla de Lampedusa— vamos a comenzar a rescatar del anonimato a los ya desaparecidos, comenzando precisamente por Heliodoro el Negro, el inolvidable narrador de la historia de Gina Manfredi.

En fin, reproduzco a continuación el segundo texto porque es largo y para no alargar a mi vez desmesuradamente esta introducción.

“Por fin fue convocada la asamblea de amanuenses que tantas veces todos habíamos solicitado; en realidad, no era necesaria porque todos nos conocíamos a la perfección y todos nos comunicábamos con periodicidad, más bien cuando nos apetecía... Pero una asamblea de todos así era conveniente que se llevara a cabo, saludable el verse al lado de los otros, confluencia de vibraciones que nunca viene mal.

“El viejo Heliodoro tuvo que venir de Palermo —“no me dejáis ni morir en paz”, comentó cuando fuimos a esperarle al aeropuerto, y uno le contestó “y por muchos años”— y hubo verdadero pleno.

“No pasaba nada serio, pero la salida a la luz del primer “El paraíso de las islas” nos había puesto sobre áscuas. Tan mínima —aunque en verdad selecta— muestra de nuestro trabajo había levantado dispares polvaredas de todos los colores y algunos de nosotros se sentían muy afectados.

Había que calmar ánimos, tratar de defender o proteger nuestra intimidad, restañar la herida que el viejo Heliodoro —sin quererlo, bien es cierto, pues creía mucho más próxima de lo que en realidad era su desaparición de entre nosotros— al plasmar inocentemente su nombre en uno de los textos nos había dejado —herida— abierta...

“La casa-jaima de Zeralda estaba hermosa, acogedora y con todas las posibilidades que siempre había ofrecido a tope, pero ya no era lo mismo que cuando muchos de nosotros, jóvenes, la habíamos conocido, la habíamos vivido mejor. Faltaba la marchita linda de entonces —¿o sería que éramos nosotros los que habíamos cambiado? Muy posible—, el sutil temblor e irrepetible que transmitía el descubrimiento de cada uno de sus rincones; era —o a mí me lo pareció al menos, tampoco pregunté tanto a otros— como laberinto menos laberinto, paisaje conocido, casa por años habitada, inamovible realidad. Muchachada había, nunca le faltó ni nunca en muchos años calculo que habría de faltar, para ellos en realidad eran sus encantos, pero no creo que para nosotros lugar ideal aunque tan casa-jaima querida... En fin. Tras dos días de fiesta, con sus noches respectivas, y uno de reunión, aquello se vino abajo. Decidimos —y el viejo Heliodoro nos juró que nunca más conseguiríamos hacerle salir de Palermo— que cada uno se enrollara como bien su coco le diera a entender y que todos muy felices y a lo suyo, o sea, a correr. Otro día de fiesta —con su noche respectiva— y nos disolvimos, mejor, nos dispersamos; era correcto que así fuera. La asamblea de amanuenses había transcurrido como deseáramos tantos, había constituido todo un éxito, un nuevo canto a nuestra —¿qué sería ello?, pero debía de decirse así— libertad.

“Sutil, todo muy sutil... Seguíamos —incluso el viejo Heliodoro— vivos”.

Angel de los altos cielos el Yoniyón. No sé si seré el primero en desvelar su identidad, no sé si me adelanto en esta introducción a lo planeado por la asamblea de amanuenses, pero es lo mismo: asumo mi libertad de acción en este caso porque me siento muy motivado a ello y el resul-



tado objetivamente es hermoso. Conocí a Yoniyón en los días de la muerte de Rocco Consales en Duvrovnik, aquel día que Pino Corso robó por las bravas su cadáver y se lo llevó a Palermo, y nunca olvidaré a aquel Yoniyón sexagenario —yo no tendría los catorce, pero estaba a punto de mi independencia total de “hombre libre” como se decía aún—, casi sexagenario pero de un porte y charla tan juvenil que casi emocionaba. Vestía amplia darraja amarilla, abierta por los costados, pantalón de cuero negro recogido por dentro de las botas negras en los bajos, y durante el día el torso desnudo bajo la túnica, niqui o camisas amarillas al atardecer, a la hora de la fresca y por la noche; el pelo rubio, aún abundante, plateaba un poquito por las sienes, su rostro raramente joven, aquellos ojos castaño claro inmensos dominándolo todo. En las horas de espera en la acampada preparada para los funerales de Rocco me tocó en una tienda vecina a la suya y me pasé el tiempo escuchando de sus labios viejas historias de hijos del agobio. Por eso, entre otros motivos, cuando leí la primera parte del Arcadio y me topé con otra escena de rara intensidad que había tenido lugar en el mismo escenario —y me refiero a la “concepción” de Estambuli Entrambosaires y Leila Naser V por aquellas fechas—, me decidí de inmediato a continuar el trabajo de mi predecesor, fue una especie de revelación, una peculiar cita con el tiempo. Y en ella estaba Yoniyón, y esa emoción se acentuó cuando le descubrí en la introducción a la segunda parte del “Arcadio...” —todos los que le conocimos sabíamos que él era el amanuense de “Los hijos del agobio”, es secreto a voces eso del anonimato de los amanuenses— y volvió a repetirse cuando el predecesor de este relato me confió los dos textos últimos por él descubiertos y que hoy aquí reproduzco para ustedes.

Espero no haberme extendido demasiado en estas notas y espero no tener problemas, a causa de ellas, porque mi cabeza esté en otro lugar, para coronar esta III y última parte del relato “Arcadio y los pastores”.

1.—No sabía su nombre y, mucho menos, su apellido. Siempre se había oído llamar por “tío” o “tú”, y cuando se enteró que tío quería decir hermano de su padre o de su madre ya su confusión fue total porque no llegaban sus recuerdos a identificar a alguien como padre o como madre, y cuando se enteró que tú quería decir la otra persona con la que estabas hablando, siguió la confusión aún mayor y decidió, cuando alguien le preguntaba por su nombre, decir que se llamaba “yo”, aunque también se había llamado en un tiempo anterior “tío” y “tú”. El problema del apellido también lo había resuelto a su manera y de la forma más sencilla; “no tengo apellido”, solía decir, “soy Yo Sin Apellido”, y así le designaron desde entonces. “Ese es Yo Sin Apellido”, y todos le reconocieron por ese nombre o por, a modo de diminutivo, Yosín.

Y Yosín era una delicia de criatura, apacible, sonriente, sin ambiciones ni necesidades.

Había sido Pablito el Zurdo quien se lo había encontrado un día en la playa, a media mañana, dormido a la sombra de una barca varada en la arena, completamente desnudo y sobre una toalla de colores vivos con motivos geométricos y un gran sol amarillo y sonriente. Había bajado aquella mañana Pablito a la playa con dos amigos desde la casa de los faisanes, a media ladera de la montaña que corría paralela a la costa del sol, en un lugar que le decían el ventorrillo, y una vez en la playa había dejado a sus compañeros tumbados en la arena —habían tenido tres semanas de árduo trabajo montando las faisaneras y otros corrales para aves— y se había dejado llevar por sus pies sin rumbo fijo hacia el extremo rocoso de la playa, en donde a veces aterrizaban hombres voladores con sus alas espectaculares y de vivos colores de un campo de vuelo sin motor vecino al mar, para enredarse un poco en sus pensamientos; solía sucederle eso —esa necesidad de paseos solitarios de reflexión que un día, lejano aún por entonces, había de cuajar en escritura— siempre que llevaba más de un mes fuera de su casa de origen, más al norte, en la isla mediana balear, Menorca. Pues bien, en su paso de ida hacia las rocas se había fi-

jado en aquel niño desnudo durmiente a la sombra del chinchorro y no le había dado más importancia que la de la belleza de la imagen. Media hora después, le había vuelto a ver y le hizo gracia que siguiera aún dormido. El aterrizaje de dos hombres voladores de vuelo sin motor le distrajo un buen rato más, como a otros paseantes y bañistas como él, y de regreso a donde estaba su gente volvió a pasar por el lugar de la barca del niño dormido; observó que la sombra que le cobijaba era cada vez más estrecha y que podía coger una insolación si no cubría su cuerpecito, y se acercó a él, no para despertarle sino para cubrirle un poco con uno de los extremos de la amplia toalla; su respiración acompasada y calma le hizo sonreír. “Debe de estar agotado este niño”, pensó, y se sorprendió un tanto de que tan largo tiempo estuvieran lejos sus padres o parientes. Una hora después, ya mediodía cuando con sus dos compañeros volvieron hacia aquella zona del pedregal atraídos por el pronto aterrizaje de otros dos hombres voladores, volvió a ver al niño dormido, ya a pleno sol de nuevo su cuerpo desnudo, y entonces ya se alarmó.

—Seguid vosotros —les dijo a Sandro y a Rocío—. Ahora os alcanzo.

“¿Le habrá pasado algo a este niño?”, pensaba al acercarse a la barca. “Es bien raro que siga dormido sin nadie mayor cerca ni signo alguno de compañía”. Se arrodilló a su lado, le dio unas palmaditas en la cara y el niño abrió los ojos, como si se despertara en su propia cuna, y sin ningún sobresalto, como si frente a él tuviera a su padre o su madre que lo despertara. No parecía llegar a los cuatro años.

— ¡Eh, tío!, ¿cómo te llamas?

—Tío —contestó el niño muy serio.

— ¿Te llamas tío tú?

—Tú —volvió a contestar con la misma seriedad.

Y a Pablito le entró la risa.

— ¡Cómo vas a llamarte tío!

El niño también se echó a reír y, como afirmando con su cabeza, repitió “Tío, tío”.

—¿Dónde están tus papás? —le preguntó el Zurdo.

Y el niño nada respondió. Seguía mirándolo con los ojos muy abiertos, mudo.

—¿Estás solo aquí? —volvió a insistir.

Y lo mismo: no obtuvo por respuesta más que su mirada fija. Pablito pensó que tal vez no supiera hablar, lo cual era raro, o que se expresara en otra lengua. Volvió a insistir, el niño ya de pie, desnudito frente a él, aún arrodillado.

—Vamos a ver, tío: ¿no sabes cómo te llamas?

—Tío.

—¿Cómo vas a llamarte tío, tú!

—Tú.

Y se soltaron a reír los dos de nuevo. Pablito el Zurdo se puso en pie y miró a su alrededor: nada indicaba que nadie próximo alrededor tuviera algo que ver con aquel niño desnudo que sólo contestaba a la pregunta de cómo se llamaba con la respuesta tío o tú.

—Espera aquí un poquito, ¿eh?

No supo si le comprendía o no, pero el niño se quedó allí en pie sobre la toalla extendida mirándole alejarse hacia donde estaban Sandro y Rocío. Les contó lo del niño dormido y desnudo en pocas palabras y volvieron a donde estaba. Rocío les había dicho, “dejadme a mí”, y había insistido en las mismas preguntas que Pablito, con el mismo resultado: sólo contestaba a la pregunta “¿cómo te llamas?”, e indistintamente con la misma respuesta “Tío” o “Tú”. Y, cuando les entraba la risa, se reía también. Eso era todo.

—Debe de ser un niño perdido y, a lo mejor, extranjero.

Preguntaron a todos los bañistas cercanos y a los guardias de la playa, el niño con ellos de la mano, desnudito y feliz, sin ningún éxito: nadie sabía nada, ninguna denuncia de niño perdido.

—¿Tienes hambre? —le preguntó Rocío, y nada; luego—  
¿Cómo te llamas?

—Tío.

No había salida. Pablito volvió a la carga.

—Déjame a mí —y en cuclillas—. ¿Cómo te llamas?

—Tú.

—¿Tienes hambre?

Y ninguna respuesta. Le dieron un vaso de leche en un chiringuito de la playa y se lo bebió entero. Se reía cuando rieron su buen apetito. Le dieron un trozo de pescado frito y se lo comió. Rocío aplaudió su buen apetito y el niño respondió a los aplausos con aplausos y risas. Cualquier cosa que le daban —un trocito de tortilla, una pera, un flan, un helado— se lo comía encantado de la vida. Después de comer pasearon varias veces la playa de extremo a extremo con el niño desnudo de la mano, pero nadie dio señales de reconocerle. Pablito comenzó a inquietarse.

—Hay que hacer algo —y al niño—. ¡Si al menos supieras cómo te llamas, tío!

Y el canijillo, de inmediato.

—Tío.

Otra vez les entró la risa ante el regocijo del chavalín.

—Lo mejor es que demos parte en el cuartelillo de la playa y nos lo llevemos a casa. Si alguien lo reclama, ya saben a donde ir a buscarle, ¿no? —y era Rocío, cansada de patear la playa con el chiquillo, la que se decidió a proponer aquella idea que había pasado por la cabeza de todos en algún momento.

—¿De acuerdo, tío? —preguntó Pablito de buen humor, y el niño se rió como respuesta—. Está claro que no nos entiende en absoluto... Pero, al menos, tiene buen carácter.

En la casa de los faisanes, la más grande, la que servía como punto de reunión principal de las casas del ventorrillo ocupadas por los llamémosles comuneros y en la que recién habían instalado ya una terminal de datos, todos se regocijaron al conocer la historia del niño desnudo que Pablito el Zurdo se había encontrado dormido en la playa. Y todos quisieron comprobar lo que les habían dicho del nombre del niño con no mayor éxito que Rocío, Sandro y el mismo Zurdo. Siempre la misma respuesta —Tío o Tú— a la misma pregunta, siempre el silencio o la mirafa fija a otras preguntas, siempre la risa como respuesta a las risas. Concluyeron que debía ser extranjero y que, por alguna ra-

zón misteriosa o que no alcanzaban a descubrir, que se les escapaba, estaba extraviado. Ensayaron a hacerle preguntas en otras lenguas que conocían —en la casa había francófonos, angloparlantes, un italiano que era Sandro, una griega, un turco y dos áraboparlantes—, mas sin ningún éxito: el chiquillo se les quedaba mirando y, si reían, reía. Eso era todo.

Por la tarde jugó con los otros niños del grupo —en total llegaban a una docena, más los del pueblo vecino que se les unían a menudo—, merendó con ellos y a la noche, a la hora de la cena tras la puesta del sol, le habían enseñado los propios niños a decir pan y agua. Pronunciaba estas palabras, lo mismo que tío o tú, con una fonética muy perfecta. A la leche y a cualquier líquido le decía agua; a cualquier comestible, pan.

Para los que no conocieron a Pablito el Zurdo, este amanuense quiere especificar que su nombre no indicaba en absoluto poca edad; desde muy joven y hasta muy viejo —y hasta el momento de su muerte—, aquel personaje delicioso que era Pablito el Zurdo conservó su nombre invariable: Pablito el Zurdo; y si algún joven mal informado le llamaba Pablo o don Pablo, el viejito encantador que era el Zurdo miraba para otro lado, se hacía el desentendido, y si tenía al interlocutor no avisado tan frente a él que no pudiera evitar el darse por aludido, le decía un escueto “joven, ¿por quién pregunta usted?”, o “no conozco a ese señor”, que dejaban al otro desconcertado pero terminando por aprender su nombre verdadero: Pablito el Zurdo. Murió Pablito el año sesenta del paraíso de las islas, septuagenario ya, y la anécdota que acabo de relatar —su encuentro con el niño Yosín en la playa— sucedía aproximadamente —no he podido consultar la fecha exacta con Rocío o Sandro— el año cuarenta o cuarenta y uno.

Y este Yosín, sin apellido y sin procedencia conocida, fue quien sustituyó en otoño a Claudia Auani en el valle del Mago. Seguía siendo un personaje peculiar y encantador, de una gran coherencia, que no podía soportar la vida en una ciudad.

—Envejeces en lugares que no envejecen pero que notas transformarse —había dicho un día, y era tal la lucidez de su apreciación que se había aprendido el mini-discurso al serle pedido reiterativamente por sus compañeros de lugar o casa—, que notas renovarse y pervivir más allá de tus cercanos a quienes amas. Creo que es lo mismo crear un hijo que crear ciudad... Por eso yo, Yo Sin apellido, prefiero los montes y los campos amplios, la perennidad que no sabe o no puede, o no sabemos o no podemos razonar su propio discurrir o pervivir, a aquella otra tan llena de mensajes humanos que llega a interferir en tu propio transcurrir en paz.

Había pasado Yosín toda aquella primavera y aquel verano de trashumancia y, a punto de sus treinta años, era uno de los rabadanes más jóvenes; Claudia Auani le había conocido en su viaje al sur, al territorio de nomadeo de los grupos de trashumancia, una noche que todos habían de recordar como la noche del avión. Por la radio habían escuchado que un avión había desaparecido por su zona y todos se asombraron de ello, de no haber visto nada anormal en el cielo, de no haber escuchado nada que indicase el presumido siniestro. Y al amanecer siguiente fueron las ovejas del rebaño quienes dieron con él; se admiraban Yosín y sus zagales —Claudia con ellos por unos días— de que el rebaño se dirigiera hacia un lugar concreto, que no solían frecuentar; por muchos esfuerzos que hacían, con ayuda de los dos perros pastores que tenía su cabaña, al menor descuido el rebaño tendía de nuevo hacia aquel punto; a eso de las diez de la mañana se toparon con los restos del avión en una hondonada de la estepa que nunca hasta entonces habían frecuentado como majada; y el ganado comenzó a ramonear en torno a los restos del aparato, ya desaparecida su inquietud. A mediodía encontraban al piloto de la avioneta, más que avión, bajo una acacia espinosa. Había conseguido saltar a tiempo del aparato averiado pero, en plena noche, no había conseguido un buen salto y sentía muy doloridas las dos piernas y fuerte dolor en el costado. Reposaba su cabeza en un paquete que, según luego contó, fue lo único a lo que había podido echar mano antes de

saltar de la avioneta: un verdadero mini-alijo de braguitas de chica de todos los tamaños y colores. Aquella noche, en la hondonada de la avioneta siniestrada las jaimas del grupo del que Yosín era rabadán o jefe y el improvisado aprisco del rebaño en honor del piloto Narciso Cornalino, que ese era su nombre, todos celebraron la oportunidad de aquella delicada carga de la avioneta que en parte había logrado salvar Narciso.

—En estos tiempos que corren se ha puesto de moda en la costa regalar braguitas imaginativas y de fantasía y en la casa-jaima de Zeranda me habían encargado este cargamento —explicó el piloto Narciso—. Las había de modelos franceses, italianos y japoneses; estas que he conseguido sacar conmigo son precisamente japonesas, de flor en el pubis... Las hay de todos los colores...

Claudia eligió un par★ para sí y lo mismo las otras dos chicas zagalas con que contaba aquella cabaña. Entre risas de todos Yosín dijo que él quería también para sí, que por qué las chicas iban a monopolizar prendas tan vistosas y que... Pero no consiguió sino una que tuviera holgura suficiente de tela en la que alojar su paquete sexual, “y ésto sólo en estado relajado”, rió Yosín contento con su elección. Antes de acostarse las dos zagalas improvisaron una especie de pase de modelos de braguitas japonesas y todos se fueron a dormir calientes y satisfechos.

El piloto Narciso se quedó con Yosín y su cabaña hasta el final del verano, Claudia Auani diligente enfermera; habían comunicado por radio su situación y, tras curar una fisura leve en una de las dos piernas, prefirió seguir entre los pastores el tiempo de escayola y volvió al norte, vía Guelma, junto con Claudia, un par de semanas antes de que los trashumantes iniciaran también su regreso. La vuelta de los rebaños convocó nuevas concentraciones en el valle del Mago; Yosín expresó su deseo de incorporarse a aquel grupo, una vez su rebaño de regreso en Guelma, y así fue como se convirtió —Fito Naser juzgó que el candidato era idóneo— en el sustituto de Auanita desde el otoño.